

III

LAS ULTIMAS TERTULIAS DE DON JOSE FRANCES

POR

JUAN SAMPELAYO

EN el autobús 7, como un buen burgués, subía cada mañana desde Almagro a la Red de San Luis don José Francés, “inmortal” de las Bellas Artes, que ahora se acaba de morir. Luego, por la Montera bajaba despacito a la de la Aduana, para por la puerta trasera llegar a la Academia, en donde, entre zurbaranes y goyas y también de maestros de la modernidad, tenía su despacho, con dos mesas parejas muy de estilo.

Despachaba asuntos infinitos don José; en sus mañanas académicas recibía visitas, y luego, al filo de la una, llegaban por allí algunos amigos que le traían noticias de arte y los artistas; pero ahora no quiero, en esta hora triste de su desaparición, recordar esas tertulias; ahora quiero hablar de esas otras que desde que se recluyó en su hogar, víctima de una prolongada enfermedad incurable, tenía en la de la calle General Goded, en una casa de muy barroca arquitectura y con el ascensor de más adornos que puede haber en toda la ciudad.

Al caer la tarde, lo permitiese o no el doctor, allí, en su despacho, muy decimonónico, recibía don José, siempre muy bien puesto de indumentaria, bien que ya no lucía los blancos botines de otros tiempos, símbolo de su elegancia en las exposiciones de pintura.

Solana y Sorolla, Benjamín Palencia y Vázquez Díaz, Grau Sala y Pruna, toda una teoría de nombres con fama, estaban allí cada tarde en el salón. Allí están silenciosos y agrupados sin distinción de tiempos o de escuelas. Allí, viendo a los que poco a poco van llegando a ver a don José.

Sillones confortables y sillas que valen más que para visitas de cumplido. Sobre una mesita, un álbum con grabados y los libros antiguos de José, las novelas y aquellos “Años artísticos” que fueron en su época, y hoy en día continúan siéndolo, excelentes guías del arte de su tiempo.

Subirá era, sin duda, el primero en llegar, el último en marcharse. Y estaba Yárnoz; de vez en cuando era el presidente, don José Eugenio de Baviera, el tertuliano, y otras Federico Sopena, Juan Antonio Morales, Pepe Montero Alonso, el viejo periodista amigo, y tantos más que ahora, cuando escribo, se me van de la memoria.

Se hablaba de todo, y era don José, a veces con dolores ya, con angustias, el que se sobreponía y hablaba con más calor que nadie. Creí que no era el don José de ahora el que lo hacía, que era el de ayer, por el fuego, el ímpetu que ponía en las palabras. Seguía siempre firme en sus convicciones y las defendía con la mejor dialéctica de sus años mozos, de sus tiempos mosqueteriles.

La Academia y la pintura, la provisión de una plaza que acababa de quedar vacante y una exposición que se acababa de abrir en la tarde anterior eran el tema de las charlas.

Estaba al tanto de todo cada día don José, aunque cada uno que pasaba avanzaba ese terrible mal que ahora nos lo ha arrebatado, al tanto de los libros y los artículos periodísticos. Fueron durante un mes largo o más esas tertulias verdaderos torneos de conversación, en los que él ponía todo su ingenio y sus recuerdos infinitos. Esos recuerdos de toda una vida de arte que por desgracia no llevó al papel y que hubieran sido una gran historia del arte español contemporáneo.

Luego, un día, la tertulia se acortó. Otro hubo de suspenderse. Don José se recluyó en el lecho, del que nunca más había de salir.

